

des inspiraciones, sus años de eclipse. Las imaginaciones florecieron muy pronto, los frutos maduraron como consecuencia necesaria de este adelantado florecimiento; pero el cierzo y el hielo sobrevinieron, y en gran parte acabaron por desgracia con aquella riquísima cosecha. Una república democrática fué substituída por un imperio militar; y la agitación del pensamiento por la agitación de las campañas, y el brillo de las ideas por el brillo de las bayonetas, y el gobierno de las democracias por el gobierno de los Césares, y la propaganda por la conquista, y la voz de la tribuna por la voz de los cañones, y aquel anfictionado de los pueblos con que soñaban las almas generosas por una especie de dios guerrero que así tenía en sangre los desiertos como los aludes, y así pasaba sobre las Pirámides como sobre los Alpes, y así corría á las orillas del río Beresina como á las orillas del Mar Rojo, y así fulminaba sus rayos desde las cimas del Pirineo como desde las cimas del Tabor; titánico genio, creyéndose á sí mismo un Prometeo desencadenado con derecho á encadenar á la humanidad y á tener en esta obra de esclavitud y de retroceso por cómplice á Dios y por meta una monarquía universal, bajo cuya corona se viese brillar una omnipotente democracia.

Pero al fin y al cabo esta obra suya no fué más que una obra de reacción. Los tiempos guerreros renacían en la edad del trabajo. La consagración del bárbaro principio de la fuerza reemplazaba á la consagración del gran principio del derecho. Los pueblos quedaban á merced completamente de la conquista. Proclamábase el sufragio universal como una sanción más de la omnipotencia cesarista, y las ideas del 89 como un matiz más de la aureola que llevaba sobre sus sienes mesiánicas el César omnipotente. Una aristocracia de cuartel reemplazaba á la antigua aristocracia del nacimiento y de la cuna. Un Carlo-Magno de club lograba que el Papa ciñese la corona de los emperadores católicos á la frente cubierta por la sombra del gorro frigio. Una monarquía se fraguaba á la alta temperatura de la guerra y en la boca humeante de los cañones. Pero en medio de todo, en esta atracción y repulsión de las fuerzas sociales, en este flujo y reflujo de las pasiones políticas, en este apogeo y perigeo de la nueva sociedad quedaban definidos y consagrados, como el Decálogo en las cumbres ardientes del Sinaí, un número de principios á los cuales tenían ya que obedecer por fuerza desde aquel día en adelante la conciencia y su encarnación necesaria, la humana sociedad. Por mucha reacción oriental que se haya querido mezclar á la vida griega, queda Grecia y su aparición en la historia como una de las primeras iniciaciones del hombre en el arte; por mucha reacción pagana que se haya querido mezclar al cristianismo, queda Cristo como el revelador del espíritu y de su origen y su fin divinos; por mucha reacción católica que se haya querido poner á la reforma, queda Lutero como el revelador de la conciencia humana y de su individualidad; por mucha reacción monárquica que se haya levantado contra la revolución francesa, quedan sus grandes apóstoles, sus tribunos, sus filósofos como los fundadores de la moderna democracia, y el espíritu de la revolución como la plenitud del espíritu moderno.

La revolución tuvo su período de iniciación en los

grandes filósofos que divulgaron la ciencia y la convirtieron por medio de la Enciclopedia en el sentido común; su período de preparación en los reyes filósofos, verdaderos impulsores de esta tendencia laica que ha concluído con el antiguo espíritu de la Edad Media; su período de explosión desde la subida de Turgot al ministerio hasta la noche del 4 de agosto de 1789 en que proclamó la Asamblea Constituyente los derechos fundamentales humanos; su período de solución desde el 4 de agosto hasta la muerte de Robespierre; su período de reacción desde la muerte de Robespierre en adelante, época que está representada por estos tres términos fatalmente enlazados: el Directorio, el Imperio y la Restauración.

### III

Descomponíase en la última centuria, cuando aparentemente era más fuerte, la monarquía absoluta. La sociedad moderna la había creado desde el siglo XIII al siglo XV, la había sostenido durante tres siglos con verdadera pujanza, y comenzaba á fines del siglo XVII á destruirla. No hay cosa alguna tan durable como estas obras, las cuales nacen y mueren, á manera de las obras cósmicas, en el seno de la sociedad tan próspera y tan fecunda como el universo mismo. Antes del siglo último la institución monárquica recibió mortal herida. Un rey subió en pleno siglo XVII del trono al cadalso. Muchas veces los reyes habían ajusticiado á los reyes, como el primer representante de la dinastía angevina al representante último de la dinastía de Suabia en las plazas de Nápoles, y como el primer representante de la bastarda dinastía de Trastámara al representante último de la antigua dinastía de Borgoña en los campos de Montiel. Pero hasta entonces no se había visto un pueblo en revolución, un Parlamento en armas, un ejército regular, unos jueces legalmente constituidos, ajusticiar á un rey como Inglaterra ajustició á Carlos I; suceso de una inmensa resonancia en todos los tiempos y de una inmensa trascendencia á toda la historia. Sin embargo, como este hecho sucedió en una isla que aparece tan apartada del continente, así por su posición geográfica como por el carácter individualista de sus isleños, no tuvo en la vida el inmenso influjo que hubiera tenido de suceder y realizarse en el centro de nuestro continente y en pueblo tan comunicativo como el pueblo francés. La monarquía, á pesar de la primera revolución británica, continuaba fortaleciéndose en toda Europa, con el gobierno de Luis XIV en Francia, con la voluntad de Felipe V sucediendo á la impotencia de Carlos II en España, con el vasto pensamiento de Pedro el Grande en Rusia, con María Teresa y Federico el Grande, en pugna siempre, que la afirman y robustecen por todo el Norte y el Oriente de Europa. Mas ¡ay! esta fuerza y esta pujanza son aparentes, y en realidad más que la robustez indican la violencia, precursora de irreparables catástrofes.

Sucedió en el siglo XVIII la inmolación de un pueblo heroico, la inmolación de Polonia. Tres reyes la dividieron, la desmembraron, y se repartieron sus despojos, como los sayones romanos la túnica de Cristo. Aquella desmembración de una grande nacionalidad histórica, aquel trucidamiento de un pueblo vivo cuyo ánimo nos

había defendido en mil ocasiones y nos había salvado de mil catástrofes, aquella repartición de sus miembros despedazados y sangrientos entre los déspotas que rugían como fieras; toda aquella pasión y muerte de la heroica Polonia, comparada á la pasión y muerte de Cristo, dejó tal huella de sangre en la tierra y tal eco de maldiciones en la conciencia, que temblaron los mismos verdugos al ver el cadáver y se enardecieron los pueblos en ira al sentirse entregados á todos los caprichos de la tiranía y á toda la fatalidad de la fuerza. Lo cierto es que la monarquía europea, tan poderosa antes, comenzó á decaer desde esta hora angustiosa y suprema.

A Luis XIV sucedió un rey como Luis XV, creído de que su autoridad tradicional estaba llamada á un juicio definitivo y á una condenación inapelable, pero deseoso de aplazar una y otra para después de su muerte y para su inmediato sucesor. La penetrante mirada de aquel rey epicúreo no podía desconocer la triste suerte de la secular institución que representaba. El espíritu moderno en unas partes había dudado acerca del derecho hereditario y en otras lo había negado rotunda y definitivamente. Con esto la monarquía quedaba destruída. Muchas guerras de sucesión hubo en el mundo, pero ninguna tan funesta al principio monárquico como la guerra de sucesión en España. Los reyes dudaron del mejor derecho cuando la ciencia comenzaba por llevar al sentido común la radical negación de ese derecho. Y con este suceso trascendental se abría un siglo que debía cerrarse con el ajusticiamiento de un rey elevado en brazos de sus antiguos vasallos á la ignominiosa guillotina. Tras la guerra de sucesión vino la paz de Utrecht provocada por exigencias europeas, y en la paz de Utrecht la diplomacia monárquica acabó de matar y de enterrar la monarquía antigua. Impusieron á Felipe V, por interés de los pueblos europeos, un sacrificio que sacrificaba el derecho tradicional, un sacrificio costoso á su corazón: la renuncia al trono de Francia, aunque el trono de Francia le tocara por derecho propio. La autoridad legítima y divina desaparecía ante la conveniencia nacional. Y ya se dibujaba entonces la decadencia en la persona del regente, epicúreo, ambicioso, incrédulo, adherido á los principios revolucionarios, indiferente con los principios, tan cercano al trono que casi lo poseía y lo gozaba, y tan enemigo del trono que ponía en sus bases toda la pólvora á cuyos estallidos iba á saltar en mil pedazos; de sangre real como la sangre de los monarcas legítimos, y de instintos demagógicos como los últimos conspiradores plebeyos; nacido en los palacios y privado de la corona; tan rico en su grandeza como los mismos á quienes envidiaba, y proscripto de la supremacía por la fatalidad del nacimiento; circunstancias gravísimas conjuradas para producir la descomposición irremediable de la antigua monarquía francesa. Felipe V de España, inspirado por los consejos de su primer ministro Alberoni de Parma, sintiendo en su mente los vapores que se elevaban del trono en esta tierra predestinada desde la aparición de la Reforma á ser la tierra por desgracia de la reacción europea, maquinó vastísimo plan para el cual parecía haber fuerzas en el imperio que aún llenaba entonces dos mundos con su sombra; maquinó la restauración del catolicismo, la apoteosis

del derecho hereditario, la expulsión del regente en Francia, el restablecimiento de los Estuardos en Inglaterra, la venganza tomada de Alemania azuzando en su contra la fiera del Norte que se llamaba Carlos XII de Suecia, la persecución de todas las ideas enciclopedistas cuyo alcance adivinaba con esa previsión profética que naturaleza da á cuantos han de promover y ayudar una obra reaccionaria en el mundo.

Pero abortado este plan y destruído el poder de Alberoni, la monarquía siguió su rápida decadencia. Lo mismo contribuyeron á ella los reyes eminentes que los reyes vulgares. Los vicios de los unos la quebrantaron y la perdieron las ideas elevadas de los otros. Por de pronto, cuando extinguida la casa de Orange, se apeló por razón de su protestantismo á la casa de Hannover, el rey legítimo por la herencia, llamado pretendiente por el vulgo, su derecho herido y condenado en los campos de batalla, su persona caballerisca obligada á retirarse, su familia entera reducida á extinguirse en la emigración y á tener un sepulcro de mármol en San Pedro; todos estos hechos, de un carácter tan dramático y de una trascendencia tan universal, eran los seguros indicios de una decadencia irremediable y de una muerte segura para la sacra legitimidad sobre cuyos cimientos descansan las antiguas monarquías.

Y así es que todos los hechos parecen vaciados completamente en esta decadencia universal como en su verdadero molde. Carlos VI de Austria desconoce el antiguo derecho hereditario, reuniendo por su testamento feudos adscriptos á la línea varonil en una mujer, en su hija María Teresa. Carlos III desconoce los intereses de la autoridad y de la monarquía, expulsando de España y sus Indias los ejércitos de la reacción universal, los jesuitas. Federico II de Prusia, el mayor de todos los reyes, también es el mayor de todos los revolucionarios, al dejar fundada la potencia que ha de humillar al Austria y sostener el espíritu moderno en Alemania. Carlos XII y Pedro el Grande rasgan los tratados, violan los derechos, roban á los reyes sus hermanos á guisa de piratas y bandoleros por mar y tierra, talan, saquean, incendian, asesinan, demostrando á los pueblos, ya mayores de edad, cómo sus monarcas no guardan ni saben guardar ningún humano respeto. María Teresa considera las nacionalidades como un pedio y los ciudadanos como un ganado, y cree tener sobre ellos aquel derecho de abuso reconocido por los legisladores romanos como signo característico de la propiedad. José II consuma la perdición de todas las monarquías, quitándolas con su espíritu reformador el apoyo de la Iglesia y conduciéndolas con sus ambiciones á mortales crisis. Lo cierto es que en los hechos capitales del siglo interviene la política de los reyes, y que en la política de los reyes falta por completo la idea y el sentimiento de justicia. En la guerra de sucesión española, en la guerra, también de sucesión, austriaca, en el repartimiento de Polonia, en la conquista de Silesia, en los conflictos de Rusia con Turquía, en las ambiciones de Suecia, en las diversas maniobras del Imperio, así al promover las cuestiones con Baviera como las cuestiones con los Países Bajos, en toda la política, desde las guerras hasta las paces, desde las pragmáticas hasta los tratados, reinan la injusticia, la crueldad, la ira, la venganza, las pasiones más bajas, el

egoísmo más implacable, el crimen más desvergonzado, como si en lugar de regir las sociedades humanas principios de justicia y de derecho, las rigiera esa misma fatalidad del mundo material que aviva y mata, crea y aniquila, arroja millares de seres al mar de la vida y los devora con implacable indiferencia. Los reyes podían darse á estas orgías de sangre y suprimir en sus propias almas la conciencia, y en sus leyes el derecho y la razón; pero las revoluciones llegaban implacables á pedirles cuentas de sus actos y á sacar las últimas consecuencias contenidas en tan funestos precedentes y á aprovechar las enseñanzas legadas á la historia.

## IV

Mientras la monarquía se descompone y decae en el siglo XVIII de la manera que antes hemos visto, el espíritu humano se recompone y triunfa. Los siglos, esos períodos de cien años, presentan caracteres tan propios que los determinan y los definen, como si, á manera de los individuos, tuvieran vida única y alma personal. Así los hay de luz deslumbradora y de tinieblas palpables, vivificadores y decadentes en tal manera que hasta las altas cimas del genio donde parece reinar la idea pura en su individualidad aislada é independiente, llevan como una marca su indeleble sello. Y sucede esto, sin duda, porque en el inmenso universo y en el espíritu inmenso, adondequiera que llega la trama de la vida y la lumbre de la idea, viven la unidad y la variedad: en el aire que nos parece tan simple, se encuentran los gases, y en la luz que nos parece tan una, los matices, como sobre los individuos, y sus caracteres, y sus genialidades, y su personalidad, que nos parecen tan varios, se extiende la unidad de los géneros y de las especies. Por esta armonía entre el elemento de unidad y el elemento de variedad los genios varios de un siglo colgaban en el mismo espíritu y se contagiaban de su grandeza ó de su decadencia. Hay siglos con vocaciones sublimes, como el siglo primero de nuestra era en que viven Jesucristo y Virgilio. Hay siglos de terror y de ira, como aquel siglo en que el infierno aborta á Alarico, á Genserico y á Atila. Hay siglos de esperanzas y siglos de desesperación. En el siglo X se respira por todas partes muerte, como si fuese el planeta un sepulcro entreabierto; en el siglo XV se respira la esperanza y la vida, como si el Renacimiento fuese la primavera del humano espíritu.

Pues un siglo así, de esta naturaleza, de este carácter, de esta temperatura, es el siglo XVIII. Cuando el doctor Fausto, encerrado en su laboratorio y circuido de sus retortas, siente que la pura vida científica es una abstracción y el hombre puramente entregado al pensamiento mera entelequia; cuando la naturaleza, el arte, el amor, la vida real y positiva le llaman con sus reclamos y le atraen á sus turgentes senos, delecta el Evangelio gnóstico y alejandrino por excelencia, el Evangelio de San Juan, y lo comenta con una profundísima palabra, la cual dice que en el principio no era el Verbo solamente, sino la acción; palabra sublime donde ha encerrado su tiempo, el tiempo de su epopeya, el siglo engrandecido con sus inmortales inspiraciones é ideas, este siglo XVIII de combate por la verdad y por el derecho, por la libre razón y por la eterna justicia.

No tiene el siglo XVIII aquel depurado gusto del siglo XVI ni aquella hermosura plástica sólo comparable á la eterna hermosura griega. No reina en él aquella serenidad que al Renacimiento dió Grecia, la Psiquis, la Elena, la Musa eterna, la Sibila incomparable, la Diosa, cuyo nombre es como una melodía dulcísima en la vida humana, y cuya resurrección como el florecimiento del espíritu moderno, la que avivó nuestra edad al casto beso enviado desde su sepulcro de mármol, trípode de la inspiración, nido del genio, ara divina del arte. No se encuentra en el siglo XVIII la hermosura y la inspiración que en el siglo XVI. Para ver un tiempo así, para alcanzarlo, se necesita ir á las edades mismas resucitadas por el gran siglo, á la juventud, al heroísmo, á la armonía, á la serenidad, á la belleza de los tiempos helénicos, cuyo cincel estaba perdido, y fué entonces encontrado entre reveladoras ruinas. El siglo XVIII es menos poético, menos inspirado, menos divino que el gran siglo de la religión y del arte; pero es mucho más humano, mucho más filosófico, mucho más político. Apenas ver aquel coro de genios extraordinarios que parecen, como el profeta Elías en el Carmelo, guardado por siglos de siglos en el Olimpo, dentro de una nube de éter, en comunicación estrecha con la hermosura perfecta, apenas verlos esclavos los unos, como Lutero, de Carlos V; esclavos los otros, como Vinci, de los Viscontis; esclavos éstos, como Cervantes, de Felipe II; esclavos aquéllos, como Shakespeare, de los Tudores; apenas que Rafael sea cortesano de los Papas, y Tasso de los Estes, y Julio Romano de los Mantuas, y Cellini de los Valois, y el Sarto de los Médicis, cual si no pudieran cantar esas almas armoniosísimas, esas aves del cielo, sino en las doradas jaulas de los palacios y en el triste seno de la servidumbre. En el siglo XVIII romperá el genio con la tiranía, y si él mismo no se emancipa, porque el mejor de todos sus escritores, el que lo caracteriza y lo define, Voltaire, adula, ya á Catalina II, ya á Federico el Grande, ya al Papa; su idea es esencialmente emancipadora y redentora, su cruzada profundamente política, de un espíritu tan progresivo, que no se comprendería la revolución y sus reformas sin comprender antes, sin explicar antes los rasgos más sobresalientes de este tiempo revelador y humano.

En la antigua Roma reveló cierto día un tribuno las fórmulas de la jurisprudencia que guardaban los sacerdotes como un secreto hierático en sus templos. Y aquella revelación, arrancando al patriciado uno de sus más valiosos privilegios, cedió en bien de la democracia y contribuyó poderosamente á su emancipación. El siglo XVIII divulgó las ideas científicas, las ideas filosóficas, y las encarnó en la realidad, y las pasó por una serie de transformaciones sucesivas al sentido común humano. La Enciclopedia es una doble revelación, así de la serie que enlaza unas con otras las ciencias, como de su sentido práctico y positivo, y de sus consecuencias sociales. Tan grande siglo no podía consentir que las ideas quedaran como puras abstracciones en el infinito cielo de la ciencia, á manera de esos astros apartadísimos de nosotros y perdidos en los abismos del espacio, con los cuales no tenemos otra relación sino la incierta luz llegada á nuestras retinas ó á nuestros telescopios. Las ideas descendieron á la tierra y se

transformaron en el sentido común, y fueron leyes prácticas, cristalizándose en progresivas instituciones. Una secta religiosa, los jansenistas, si bien admitió la gracia á la manera de Lutero, también admitió la libertad, y quebrantó la antigua jerarquía y la intolerancia secular del catolicismo. Otra secta misteriosa, cuyo origen apenas conocían los mismos que la formaban, con tradiciones orientales como una religión, con liturgias y ceremonias ostentosas como un culto, con misterios y dogmas como una Iglesia, secta que pretendía levantar un templo en la conciencia religiosa al gran Arquitecto del universo, y otro templo en el mundo político al gran principio de la libertad, guardando secreto en sus prácticas mientras publicaba sus tendencias, adquirió un soberano influjo por haber dado á las ideas modernas cierto resplendor místico á cuya virtud penetraban dulcemente en las almas, y por haber predicado el gran dogma de la tolerancia, á cuyo poder se reconciliaban los ánimos y surgían en la mente los primeros albores de la idea del derecho. Lo cierto es que aquella Orden de los jesuitas, nacida como una protesta de la reacción contra la libertad religiosa, penetrada del espíritu de la Edad Media, predicando el libre arbitrio enfrente de la gracia luterana y suprimiéndolo en sus asociados, ejército de la servidumbre intelectual, que sometía la conciencia al Papa, la Iglesia á los ultramontanos, el arte á las pálidas convenciones académicas, el saber á la balumba de los comentarios teológicos, la arquitectura al aparato fastuoso y al ornamento exagerado; confabulación de las tinieblas contra la luz, hermandad religiosa que asaltaba y quería rendir la razón en guerra perdurable como aquellas hermandades feudales de otros siglos, quinta esencia del despotismo espiritual, desapareció misteriosamente en todas partes herida por la mano misma de los reyes que, instrumentos ciegos de un poder superior á todas fuerzas, allanaban los obstáculos y abrían camino á la moderna revolución.

Nunca habían necesitado más los poderes antiguos estas organizaciones de resistencia, de resguardo, de defensa, y nunca las habían tenido en menos. Precisa-ba oponer sectas á sectas y destruían la única henchida del espíritu reinante en aquellos tiempos en que se declaró y se fundó su derecho divino. Destruídos los jesuitas, reinaron, sin competidores y sin rivales, todos aquellos que elaboraban el espíritu moderno, los jansenistas en la Iglesia, los francmasones en la política, los volterianos en la literatura, los enciclopedistas en la ciencia. Y no eran estas únicamente las sectas de poder y de influjo allí donde las revoluciones se condensan, de poder é influjo en los ánimos y en los espíritus. Había además los economistas que, al ver la tierra estéril, la producción agotada, los campos yermos por la desoladora servidumbre, las fuerzas encerradas en los últimos restos de la barbarie feudal, oponían á todos estos fatalismos históricos las libertades individuales y la actividad espontánea del trabajo. Y tantas legiones del progreso veíanse aumentadas por las que adoraban á América. Siempre el contacto entre los continentes ha producido una revolución universal en la vida. La aparición de Asia á Grecia por medio de los conquistadores persas ó de los comerciantes fenicios; la aparición de Grecia al Asia por aquel Alejandro que llevaba en pos

de sí un ejército parecido á coros innumerables de artistas; la intersección del genio helénico y el genio judío y el genio egipcio al pie de las Pirámides; la venida del Oriente al mundo moderno europeo por las navegaciones primero de los venecianos y luego de los portugueses; el descubrimiento de América; todas estas revelaciones de razas y todo este contacto de territorios han traído á la vida universal principios, elementos de una influencia inextinguible, no sólo por cuanto han agrandado la tierra con sus territorios, sino también por cuanto han embellecido los cielos del espíritu con sus constelaciones de ideas. A mediados del siglo XVIII la América aparecía de nuevo, no como la tierra cuyos continentes abrazan de polo á polo el planeta; no como la diosa de los dos inmensos mares, el Atlántico y el Pacífico; no como aquella creación inmaculada en cuyos bosques creíamos haber encontrado el Edén, y cuyos ríos, verdaderos Océanos, se deslizaban entre riberas de una hermosura tal que parecían duplicar la vida, centuplicar las fuerzas de la Naturaleza y traer un nuevo planeta á nuestra estéril tierra: aparecía como la revelación de la libertad, como el advenimiento de la democracia, como el santuario del derecho, como el principio de una nueva era, en su lucha gigantesca contra la monarquía y la aristocracia de Inglaterra, y su esfuerzo por fundar la joven república de los Estados Unidos, inmenso faro cuya luz se reflejaba sobre todas esas frentes elevadísimas, llenas de ideas, cimas sublimes que recogen y reverberan, como las montañas altísimas, los primeros arboles del día, los rayos, los resplandores primeros de las nuevas ideas. En toda Europa cuantos amaban la libertad se sintieron movidos también de amor hacia América y arrastrados á combatir por ella en su heroica cruzada y á presentarla á los entendimientos abiertos á todas las ideas y á los corazones anhelosos de profundas emociones, como la tierra reveladora del Verbo de la libertad.

La nueva idea era, pues, incontrastable por los valedores que tenía y por las revelaciones que guardaba. Newthon había vivido en los primeros veinte años del siglo y llenádoslos de gloria. Voltaire había sido su alma: poeta, filósofo, historiador, sabio, en todas las esferas del entendimiento humano brillaba y á todas las limpiaba de la herrumbre de lo antiguo con el ácido incomparable de su cáustica ironía. Diríase al verlo tan poseído de la idea moderna, tan implacable con todas las supersticiones, combatiendo la esclavitud intelectual, conjurando los errores seculares, pronto siempre á matar de un chiste la tiranía y á exaltar la libertad; tan claro como la luz, tan facundo como la Naturaleza, tan alegre como la juventud, tan vario como la vida, tan universal como la ciencia; armado de aquella clava que se ha llamado sarcasmo, pero contra los mentidos ídolos y los falsos altares; gran señor en sus maneras y en sus hábitos, pero gran plebeyo en sus tendencias emancipadoras y en su sentido práctico; culto y chocarrero, profundo y límpido, clásico y liberal, artesano y tribuno, amigo de los reyes y profeta de los pueblos, diríase que el espíritu humano, hirviendo como un licor nuevo, al calor de tantas ideas se había apoderado de aquel hombre y se había subido á su titánica cabeza.

No era él solo, no, quien combatía por entonces.

Combatían también los dos escritores que fundaban la Enciclopedia; combatía el magistrado íntegro cuya clarísima palabra enseñaba á Francia las instituciones de Inglaterra como para mostrarle el único medio de descargar un tanto de su tempestuosa electricidad el espíritu relampagueante por los lejanos bordes de aquellos turbios horizontes. Combatía también el eclesiástico pasado á los filósofos, que presentaba á los ojos de Europa el cuadro de la libertad americana. Combatía el naturalista que, elevando un monumento al mundo inferior, despertaba y arraigaba el sentimiento de la Naturaleza. Combatía el matemático y astrónomo que, agrandando al Universo con su mecánica, agrandaba la idea de Dios en las conciencias y el sentimiento de libertad en los corazones. Combatía hasta el autor cómico, que bien lejos del mérito de sus ilustres predecesores, presentaba la nación cautiva bajo la tutela de su monarca, apoyado por el clero y los nobles, los burgueses y los plebeyos, decididos á redimir-la y á salvarla, criticando acerbamente la censura, anunciando la libertad republicana de América, y no obstante eso, tan querido de los mismos á quienes combatía y amenazaba, que sus comedias se ponían en la diminuta corte de Trianón, separada de la antigua etiqueta y de la compasada majestad de Versalles.

Pero entre todos, el gran combatiente fué un hijo de cierto relojero de Ginebra, estudiante desapicado y calavera, lacayo infiel, discípulo vagabundo que había abandonado los colegios católicos y los colegios protestantes, amador olvidadizo, músico mediano, temperamento nervioso, ánimo incierto, espíritu apocadísimo, imaginación soñadora, corazón sensible pero inconstante, naturaleza sujeta á tales cambios, que parecía tener una epilepsia en la conciencia y en el pensamiento, ingrato con sus protectores, receloso de sus amigos, trémulo siempre ante la calumnia y de la calumnia víctima hasta calumniarse á sí mismo ante la posteridad; tan raro que se vestía de armenio y se refugiaba en las islas de los lagos suizos y huía del mundo sin razón para volver á presentarse sin motivo, y tan desconocedor de sí, que hasta mediada la vida no dió con su completa vocación, con aquellas facultades maravillosas de escritor elocuente, destinadas á destruir el viejo mundo y á llenar los corazones con el sentimiento exaltado de la nueva vida.

Nunca se conoció como entonces cuán débiles suelen ser los instrumentos de que la Providencia se vale para realizar sus altos fines, en cuyo conjunto jamás se encuentra el mal, obra triste de la condicionalidad humana y del límite estrecho en que estamos encerrados. Aquel hombre escribió contra los espectáculos como pudiera escribir un padre de la Iglesia ó un calvinista intransigente de la austera Ginebra; aquel hombre alabó el estado salvaje y formuló una igualdad incompatible de todo punto con las realidades vivientes de la sociedad y de nuestra naturaleza; aquel hombre opuso al despotismo de los reyes una especie de despotismo de los pueblos con su dogma de la absoluta soberanía popular; aquel hombre que ideó la utopía del Contrato Social, con todo esto ha sido uno de los hombres más elocuentes que desde Platón á nuestros días ha conocido la historia y ha llevado el sentimiento de la revolución y del progreso al tierno corazón que parece vivir

y alimentarse del jugo de lo pasado, al corazón de la mujer, en cuya fe y en cuya sensibilidad se refugian los penates de todos los pueblos y se doran y se poetizan las ruinas de todos los tiempos. ¡Qué transformación! Las mujeres, apartadas por una falsa educación de la cuna de sus hijos, tornaron á ellas y dieron el pecho material y la nutritiva leche á sus pequeñuelos. Y al mismo tiempo que los lactaban, exaltadas por la universal transfiguración á que las había llevado en sus alas de fuego el etéreo verbo del filósofo, les infundían el desprecio á la muerte, el sentimiento de la inmortalidad, la aspiración al progreso, el amor á la naturaleza, la idea de la igualdad y el deseo incontrastable de merecer una ciudadanía honrosa y digna en la República que se asomaba entre los celajes del porvenir.

¡Qué gran siglo! La historia se transforma, revelando que los hechos sociales obedecen á las ideas como los fenómenos naturales á las leyes cósmicas. El espacio se dilata y lo infinito penetra más en nosotros como nosotros en lo infinito. La mecánica celeste se revela cada día más matemáticamente, y el origen de nuestro globo se adivina por las intuiciones del genio. El hombre se figura que le van á brotar alas, que va á desmentir la fábula de Icaro, que va á volar como las aves, cuando contempla al montgolfiero levantándose á los cielos y perdiéndose en los cerúleos abismos. Las nubes se sintieron perturbadas en su incierta carrera por la mano audaz del hombre que buscó en sus vaporesos senos el rayo centelleante para señalarle un camino en la tierra y hundirlo y abismarlo á sus plantas. La corriente eléctrica agitaba y movía hasta los miembros muertos, como si trajese consigo la esperanza de una resurrección. El magnetismo, el influjo poderoso de su incontestable atracción centuplicaba la vida y hacía creer que iban á transparentarse los cuerpos, á verse y entenderse las almas, á sonar entre los chispas de la cadena eléctrica los nervios como un arpa eólica, que movida de misteriosísimo soplo creador produjera dulces melodías. El agua, el aire, los antiguos elementos de Aristóteles se descomponían y daban de sí esencias misteriosas, simples maravillosos que auxiliaban á la universal combustión de la vida. La razón humana se emancipaba por completo de la tutela teológica. El derecho penal comenzaba á sentir la regeneración que puede haber en el castigo y la necesidad de abolir los útiles horribles manchados de sangre que han servido para el tormento. La llama de la inquisición clerical que reducía á ceniza las ideas se extingue y con ella los reflejos en el mundo moderno del infierno de la Edad Media que había proscripto la esperanza. El sentimiento del progreso se anima é infunde la idea de que ningún esfuerzo quedará sin resultado, ningún trabajo sin premio, ningún pensamiento justo sin realización en la vida. Al derecho señorial, que había erigido el castillo para los señores y la horca para los pecheros; al derecho divino, que había convertido los reyes en dioses, y las naciones en predio, y los ciudadanos en propiedad de los reyes, sucede el derecho natural que cada hombre trae consigo al nacer y que reconoce á su individualidad el espacio, la luz, el aire correspondiente á su vida en el mundo social. Grande y glorioso siglo. Hoy que en el seno de un hogar seguro, con la altísima dignidad de ciudadanos, con el de-

recho fundamental reconocido, con la prensa en las manos, con la tribuna á los piés, nos levantamos mucho más alto que los antiguos reyes, solemos olvidar nosotros, inertes piedras del terruño, que nos has dado la vida con tus violentas revoluciones, y que nos has redimido con tus santas y consoladoras ideas.

## V

La idea progresiva unida á la acción revolucionaria es el carácter de este siglo XVIII, uno de los días principales del Génesis social. A decir verdad, esta nueva idea encontraba un mundo preparado para recibirla y absorberla. Se necesita consultar los autores é informes del tiempo, las estadísticas, las luminosas enseñanzas guardadas en los estudios y proyectos de Turgot, los viajes de Young, los libros de economía política de Quesnay, obras todas ajenas á las pasiones revolucionarias para persuadirse de cuán lógico é indispensable era un cambio radical en aquella sociedad. Hay dos autores modernos, alemán el uno, francés el otro, que han escrito dos obras con preocupaciones y propósitos de todo en todo contrarios á la revolución: el alemán Sybel y su obra la «Historia de Europa durante la Revolución;» el francés Taine y su obra los «Orígenes de la Francia contemporánea.» El primero entra en este período con la hostilidad nacida de su sangre y de su política; el segundo con tal indiferencia, que se parece en lo implacable y en lo frío á la Fatalidad. Ambos han instruido en el proceso de la revolución como verdaderos jueces y han fallado después de largos y concienzudos informes. Y yo digo que, una vez leídos los dos, no hay quien dude por un momento de la necesidad inevitable de esta revolución francesa tan denostada, y de su virtud y su eficacia en el humano progreso, movimiento indispensable á las sociedades humanas, pues las renueva sin destruir las y las robustece, aunque á primera vista las debilite y las quebrante.

Dejemos á un lado la monarquía cuya descomposición vimos antes y cuya responsabilidad en las causas ocasionales de la catástrofe veremos después. Vamos á la aristocracia. El rey la había hecho palaciega, y al hacerla palaciega, la había hecho también con sus superiores servil y con sus inferiores opresora é insolente. Su oficio de palaciega le obligaba á doblar la espina dorsal ante los reyes y á pedir igual acatamiento y obediencia á los campesinos. Sierva en las alturas sociales, desquitábase de su humillación extendiendo y enconando en torno suyo la triste servidumbre. Así, no iba á sus tierras sino para exprimirles el jugo; no veía á sus labriegos sino para sacarles hasta la última gota de sudor y cuajarlos todo en diamantes, cristalizaciones de carbono para la química y para la historia cristalizaciones de lágrimas. El conde de Saint-Simón cuenta que, deseando Luis XIV celebrar con un baile magnífico la inauguración de la soberbia y aparatosa galería de cristales que da en Versalles sobre el estanque de los suizos, mandó á todos los nobles de uno y otro sexo acudir en trajes de terciopelo negro cuajados de brillantes, á fin de que reverberasen más y luciesen sobre el obscuro fondo los cambiantes y las chispas de la intensa luz despedida por innumerables luminarias. Hubo noble que llevó encima de sí el precio de una provincia.

Y á pesar de encontrarse las primeras familias de Francia en tal fiesta, le cortaron á la duquesa de Borgoña todo un paño del vestido y le robaron los más gruesos y los más ricos brillantes. Calcúlese cómo se explotaría y se martirizaría á la tierra para pagar estas riquezas. Cuando tras los bailes ruinosos, las orgías desenfrenadas, las fiestas báquicas, volvían á sus campos, á los benditos y olvidados productores de su fortuna y de sus placeres, entraban tristemente en ellos como en tierra de conquista, enfermos de cuerpo y alma, exhaustos de sangre y de sentimiento, acreedores implacables, exactores terribles, déspotas sañudos, á pedir al terruño nuevo alimento á sus placeres y cebo nuevo á sus infames locuras. Recibían la mitad del producto de sus tierras, y exentos casi de contribución ó contribuyendo muy poco, echaban la carga de los tributos irresistibles sobre sus medieros. Así Young sacaba esta proporción terrible en su viaje: «La renta de un acre de tierra en Francia es respecto á la renta de un acre de tierra en la Gran Bretaña lo que el número nueve es respecto al número catorce; y el provecho sacado por el propietario británico de dos y tres cuartos, mientras de tres y tres cuartos por ciento el provecho sacado por el propietario francés;» enorme desequilibrio en daño de los pobres campesinos de Francia, obligados además á pagar pecho al rey, diezmo al cura, corvea al señor y contribución á los caminos reales. Después de todo esto, nada le quedaba para alimentar á su familia más que la seguridad de volver á un trabajo enteramente estéril. Y miraba por tanto al señor como su enemigo, y el señor lo miraba á él como su bestia de carga. El siervo no existía sino en contadas regiones, pero la condición del trabajo conservaba la servidumbre. Al amo se le ocurría obligar más al trabajo á su mediero, y al mediero se le ocurría maldecir á su señor. El uno quería arrancar al suelo con los brazos del pobre adscripto á él todo cuanto podía dar, y el otro miraba al castillo señorial con rabia y acariciaba venganzas secretas para el día en que pudiera desencadenar su ira y reducirlo todo á cenizas. Había excepciones como el bajo Poitou, donde los nobles vivían en paz con los campesinos; había provincias florecientes como Flandes y Normandía; pero en el resto, la mezcla de los arrendamientos con las cargas feudales, de los medieros con los jornaleros y los propietarios de escasos medios daba al trabajo y á la propiedad condiciones tales que verdaderamente parecían una Babel de dolores los campos en Francia. Pues no era mejor la situación de las ciudades. Los cargos municipales se vendían por el monarca y se conservaban hereditariamente en la familia que daba por ellos más dinero, y que de consiguiente los ejercía con avaricia é incuria; la Bolsa se regía por la aristocracia de la cuna, aumentada con hechuras de los reales caprichos, y era teatro de atrevidas é inmorales manipulaciones; el comercio se monopolizaba por aquellos á quienes designaban las reales ordenanzas; las industrias, las artes no podían cultivarse sino por maestros que llevaban su real nombramiento como meros burócratas y empleados del gobierno; los oficios mismos no podían ejercerse, oficios tan humildes como el de buhoneros, mercaderes, carpinteros, sino con previa autorización y abrumadoras cargas, de suerte que el derecho de trabajar solamente provenía del rey, el cual á su arbitrio lo re-